

Resumen

El siglo III d.C. fue el inicio de las primeras muestras de materiales escritos en América. Eran pliegos de amate (*amoxtli*, en náhuatl).

Los *tlahcuilos* eran los pintores-escribanos encargados de desarrollar el arte de los libros de pinturas y los conservaban en las *amox-calli* "casas de libros"; el *ah miaz* era el sabio que los comentaba, y transmitía la antigua tradición.

La información contenida en estos pliegos fue vista por los españoles como una peligrosa forma de integración social entre los indígenas. Por esta razón se quemaron varios de estos productos culturales. Pero la destrucción de estas piezas no podía ser tan eficaz, pues los contenidos de los códices se proyectaban en las piezas de barro y la mitología.

En los códices se reconocen distintos niveles de escritura: glifos pictográficos, ideográficos y fonéticos, que se presentan en libros de curaciones, mapas, tributos, etc. Esto también evidencia que para enfrentar los códices será recomendable recurrir a varios niveles hermenéuticos que proceden de diversas disciplinas.

¿Cómo acercarse a la lectura de los códices? Esa es la pregunta central de este trabajo.

CÓDICE: UN SOPORTE DE COHESIÓN SOCIAL

En el libro *Códices*, León-Portilla (2004:11) expresa que estos pliegos de amate (*amoxtli* en náhuatl), pueden considerarse como los más antiguos manuscritos del Nuevo Mundo. Su presencia en Mesoamérica data desde el siglo III d.C. Este quizá sea el documento más antiguo de la memoria indoamericana.

Los códices soportan información cultural, pero los bordes textuales no tienen límites: parte de su contenido se ha transportado a la superficie de vasos policromados (León-Portilla, 2004:30), ahí se textualiza el contenido con nuevos motivos y la información se organiza según un nuevo modelo de significación.

¿Quiénes creaban los códices? Los *tlahcuilos* eran los pintores-escribanos encargados de desarrollar el arte de los libros de pinturas y los

conservaban en las *amox-calli* “casas de libros”; el *ah miatz* era el sabio que los comentaba, y transmitía la antigua tradición.

En tu libro de pinturas

Con flores escribes, dador de vida, con cantos das color,
con cantos sombreas a los que han de vivir en la tierra.

Después destruirás a águilas y tigres,
solo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra con tinta negra borrarás lo que fue
la hermandad, la comunidad, la nobleza.

Tú sombreas a los que han de vivir en la tierra.

(Léon-Portilla, *Quince poetas del mundo náhuatl*.)

Este cántico muestra la relación cercana de los indígenas con su dios, con el dador de la vida, el iniciador de la historia humana. En términos generales, los pliegos contienen información de actividades fundamentales para la cohesión de los grupos: matrimonios, sacrificios, fiestas, castigos...

Estos pliegos fueron catalogados por muchos europeos como fuentes de maldad, por eso los destruyeron. Fray Diego de Landa fue uno de ellos y con respecto a los códices encontrados en Yucatán, dijo una vez: “Hallámosles gran número de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del Demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena.” (De Landa, 2003:185). Pero hubo otros frailes con espíritu renacentista que posteriormente se encargaron de rescatar estos códices; pronto organizaron grupos de indígenas especialistas, y como lo indica León-Portilla (2004:18), crearon los *tlahcuiloyan*, ámbitos donde se pintaban los libros.

Los españoles reconocían la presencia de dioses en los códices, por eso debían destruir y quemar esas “falsedades del demonio”, pues los europeos buscaban implantar una nueva ideología, y esto implicaba imponer sus dioses y su lengua.

EN BÚSQUEDA DE UNA LECTURA PERDIDA

Con respecto al momento de elaboración de los códices, se trata de un tiempo-espacio lejano, lo cual evidencia una pérdida ancestral irrecuperable. En estas circunstancias es fundamental tener una visión aguda para ubicar los restos de información que han quedado regados por la historia.

En el trabajo *Los códices de México*, Sten (1979) reconoce la dificultad de enfrentar un objeto de estudio atravesado por construcciones simbólicas de sujetos que ya no están entre nosotros:

Se han hecho varios intentos por clasificar los temas de los códices; todos son útiles, pero también todos tropiezan con la dificultad de que obedecen a criterios modernos, propios del mundo conceptual del investigador, y posiblemente alejados de las categorías que reconocerían los aborígenes mesoamericanos.

(Sten, 1979:32)

El principio de lectura es buscar las respuestas de las preguntas generadas en la intimidad del texto pictórico. La mirada debe dirigirse al objeto y su contexto cultural, no sobre nos-otros (otros culturales). Debe reconocerse que toda lectura es social en tanto contiene simbolismos propios de cada cultura y así los niveles de significación pueden ser alcanzados solo si el lector está atravesado por dicha cultura; así, la búsqueda de la lectura perdida implica adentrarse lo más ampliamente en las diferentes manifestaciones culturales: recopilación de mitos, conocimientos de piezas arqueológicas, arquitecturas, rituales curativos y sacrificiales, entre otras. En este sentido vale rescatar las palabras de Gonzalo Fernández de Oviedo, contenido en León-Portilla (2004:125), luego de ver los libros de los pipiles nicaraos: “aunque no eran lectura ni escritura, significaban e se entendían por ellos todo...” Así, eso que

para nosotros es causa de extrañeza, para un grupo alguna vez fue un espacio informativo claro, pues participan de la armazón cultural desde distintos ámbitos.

La migración de la información es un hecho concreto: puede pasar de un códice a un vaso policromado, por ejemplo. Esto indica que para realizar una lectura profunda acerca de estas temáticas se requiere de la integración de un grupo interdisciplinario para recolectar distintas fuentes de información, pues, como se ha reconocido: la información contenida en los códices migra a otros soportes de validación simbólica dentro de una comunidad.

Los investigadores de la tradición escrita presente en los códices deben considerar la tradición ancestral, la antigua palabra expresada vía oral; reconocer la importancia de este estrecho vínculo abre la posibilidad de responder a muchas incógnitas que surgen al leer los códices. León-Portilla (2004:142) rescata un verso de un antiguo *tlaholmatini*, sabio de la palabra, que permite entender dicha relación entre la escritura pictográfica y la oralidad: “En los libros de pinturas están vuestros cantos, los desplezáis junto a los atabales.” El sabio indígena es claro al afirmar que en los códices hay más que figuras, hay todo un legado ancestral que procede de una larga tradición oral que se canta con el ritmo de los atabales. Así, para leer (escuchar) los códices también es necesario analizar la mitología y los cánticos del grupo representado en los pliegos; a través de la tradición oral es posible la construcción de una grafía en el papel: la evidencia clara son las volutas (figura 1) que emergen de la boca de los personajes presentes en los códices.



Ilustración 1. Preparación al matrimonio. Códice Mendoza.

Los códices contienen distintas muestras de la socialización de los pueblos indígenas, la presencia española, la fragmentación de cuerpos involucrados en guerras y ritos, la cosmovisión del entorno. Los códices son parte de una memoria, un registro que nos permite hoy decir algo del ayer.

Tal como están organizados los códices, desde nuestra perspectiva se asemejan a una escenificación teatral, hay cortes de escenas entre cada pliego y dentro de ellos mismos, también hay un relato que fluye con el tiempo, una historia que no termina de decirse. Las escenas no solo se componen de figuras que se van presentando en un orden establecido, sino que ellas portan toda una construcción sintáctica en los enunciados que van a compartir con la comunidad que las significa y les da el valor como soporte de la cultura.

¿Pero cómo seguir el rastro a esta construcción? Jiménez (2005:17) considera que el análisis iconográfico es el núcleo de los estudios

precolombinos; esto tiene como base una labor alfabética en su producción textual. No es casual que Itzamná sea símbolo del *ah ts'ib*, el pintor-escribano (Léon-Portilla, 2004:32). El aspecto iconográfico y la escritura alfabética son espacios de significación que se enlazan en distintos puntos de la cadena de significantes para dar cuenta de una historia cultural que se transmite generación tras generación.

En los códices se reconocen distintos niveles de escritura: glifos pictográficos, ideográficos y fonéticos (Alcina, 1992:63), que se presentan en libros de curaciones, fiestas, castigos, tributos, etc. Esto también evidencia que para descifrar los códices será recomendable recurrir a varios niveles hermenéuticos que proceden de diversas disciplinas. La pictografía es la representación de pinturas de objetos o acciones, tal como dice Dibble:

Esta puede considerarse verdadera escritura solamente en un sentido amplio, porque la pintura cuenta la historia solamente en términos generales. Animales, plantas, pájaros, montañas, ríos y árboles, son reconocidos como tales; las escenas pintadas son comparables a fotografías de bailes, procesiones, autocastigos, sacrificios o batallas. Dioses, diosas, sacerdotes y gente común se les reconoce por sus acciones, sus posturas, sus vestidos, pinturas y tocados.

(Alcina, 1992:63)

La figuración de un cuerpo marca un ideal social, el cómo vestirlo es algo que concierne a las demandas de la sexualidad y son propias de un grupo. Estas figuraciones están para ser leídas. Paulatinamente las formas iniciales se convirtieron en los arquetipos por excelencia para futuras representaciones pictográficas, y hallaron en los códices un lugar para permanecer en la memoria de los pueblos.

En los códices hay elementos que podrían vincularse con manifestaciones de la sexualidad. León-Portilla (1996:326) expresa que el *códice Florentino*

hace referencia al género *ahuilcuicatl* “cantos de placer”, los *cococuicatl* “cantos de tórtolas” y *cuecuechcuiatl* “baile cosquilloso”. A través de los cánticos se revela la existencia de una cohesión grupal, un espacio de convivencia y de rememoración de costumbres ancestrales y míticas.

Algo que involucra a la sexualidad interfiere en el desarrollo del mundo, por ejemplo, es posible observar la vinculación de la sexualidad en la producción de cataclismos o de buenos augurios. La Tierra se constituye en una matriz sagrada, sobre ella deben manifestarse ciertos ideales sociales, y si no se atienden, el caos se presentará para restablecer un nuevo orden. Debe recordarse que es propia del área mesoamericana la idea de los ciclos destructivos.

La aparición de los distintos soles entre los aztecas ha estado marcada por la venida de cataclismos al fin de cada época, el primer sol fue del signo 4 *atl* (agua) y causó un diluvio; el segundo fue 4 *ocelotl* (tigre) y la gente fue devorada; en el tercer sol fue el signo 4 *quiyahuitl* (lluvia) y llovió fuego; en el cuarto vino el 4 *ecatl* (sol del viento) y todo se esparció en el aire; estamos en el quinto sol, el 4 *ollin* (movimiento) y propio de este tiempo es la presencia de terremotos y hambrunas. Así puede verse que cada época representa una muerte de distinto modo, un desmembramiento del cuerpo, pero posteriormente una renovación. Cada una de estas épocas conserva un rasgo compartido: el movimiento, ese mismo que caracteriza la aparición de los soles. Así, estos libros de amate preservan información relacionada con el devenir del mundo.

de la fiesta



Figura 34. *Códice Florentino* (1979), vol. 1: f.º 105: Fiesta pillaoano.

Ilustración N° 2. “Festividades”. Tomada del *códice Florentino*.

En la ilustración 2 “Festividades” del *códice Florentino* se incluyen niños en una fiesta comunal y a través de estas actividades los infantes van adquiriendo una noción de pertenencia al heredar una tradición del grupo, todo mediado por un juego.

En el pliego se presenta cierta inclinación corporal de las mujeres en su intento de atender al hombre que bebe de una gran jarra, la mirada de ellas se posa sobre aquel estandarte de poder y dirección. El acercamiento a la tierra y tocarla con las manos evoca una idea de fertilidad; los panes y las bebidas cubren ese espacio telúrico; también está presente el habla social, la reconocemos por las volutas que salen de la boca de los personajes. Todo emerge y se comparte en sociedad, y dentro de ella se reproduce.

Con nuestra mirada recorremos el cuadro y en tal proceso se revelan incógnitas: ¿no es acaso el segundo cuadro la sucesión del primero? En el segundo reconocemos cómo emerge la palabra en los involucrados, antes la conducta entre los presentes era distante.

El primer cuadro se puede dividir en dos zonas: izquierda (hombre) y derecha (dos mujeres y niño que observan). Del lado de las mujeres y el niño puede verse cierta pasividad, un respeto, casi un venerar al varón. A diferencia de ese contexto, en el segundo cuadro el hombre se ubica en el centro, ya no hay separación, las bebidas han propiciado la ruptura de barreras, los niños se han multiplicado, el contacto corporal se hace más intenso y provocador, las palabras seducen mediante una invocación: llaman al cuerpo, lo abrigan.

Los personajes presentes en la ilustración revelan que las mujeres cumplen la función de integrar a los otros (varones) dentro de las actividades humanas más significativas: alimentación, sexualidad, trabajo, educación, etc. tal como las considera Eliade (1981:87). El único modo para que estas actividades sigan renovándose es mediante la invitación que las mujeres hacen a los hombres, a través de ellas el ser humano logra reencontrarse con un tiempo sagrado en la plenitud.

Si bien no habría pruebas concretas para sugerir que esas mujeres del *Códice Florentino* eran las *ahuianime*, “las alegres”, que Sahagún presenta en el *Códice Matritense* e indica que entre los nahuas centrales se elaboraban muchos poemas en su honor, sí observamos que ese sector femenino, al que usualmente se le asigna un valor de pasividad, en realidad es la vía que posibilita el acceso a nivel sexual.

Las mujeres que ofrecían sus servicios sexuales cumplían una función importante en la sociedad nahual, estaban muy conscientes de su rol, sabían cómo exhibirse en la plaza pública y en fiestas privadas, atraían a los clientes de distintas formas: buscaban las mejores ropas, cuidaban su cabello, blanqueaban sus dientes, se perfumaban, se adornaban. De la vida de tales mujeres podemos conocer a través de los códices, poesías, crónicas.

Los códices mesoamericanos son libros que transmiten información de las prácticas sociales de los antiguos indígenas, portadores de la antigua palabra.

Bibliografía

1. Alcina, José. 1992. *Códices mexicanos*. Madrid: Editorial MAPFRE.
2. De Landa, Fray Diego. 2003. *Relación de las cosas de Yucatán*. Editorial Cien de México.
3. Eliade, Mircea. 1981. *Lo sagrado y lo profano*. 4ª edición. Barcelona: Editorial Labor.
4. Jiménez, Sigifrido. 2005. *Sellos cerámicos de Costa Rica precolombina: fertilidad, status y pertenencia*. Tesis para optar por título “Licenciado en Arte y Comunicación Visual con énfasis en cerámica”. Universidad Nacional de Costa Rica.
5. León-Portilla, Miguel. 1994. *Quince poetas del mundo náhuatl*. México: Editorial Diana.
6. ----- . 1996. *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*. México: Fondo de Cultura Económica.
7. León-Portilla, Miguel et Shorris, Earl. 2004. *Antigua y Nueva Palabra*. México: Ediciones Santillana.
8. Sten, María. 1999. *Los códices de México. Historias extraordinarias*. 2ª edición. México: Editorial Mortiz.